



ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior. Anochece.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE, DON JUAN DE LA CERDA, PERO LOPEZ DE AYALA, ALVARO DE ZÚÑIGA SANCHO FERNANDEZ DE TORO y conjurados.

ALBURQUERQUE

Señores, los grandes males
exigen grandes remedios,
y hay que cortar por lo sano
si hemos de salvar al reino,
que no hay médicos que dejen,
por librar un solo miembro
gangrenado, que por él
se grangrene todo el cuerpo.

CERDA

Nadie aquí tiene segura
la cabeza sobre el cuello,

porque no respetan nada
 las furias del rey don Pedro.
 Cayó Garcilaso en Burgos,
 cayó en Aguilar mi suegro
 Coronel; Núñez de Prado
 también a traición ha muerto...

ALBURQUERQUE

¡Y lo que es él para todos
 en mí tenéis el ejemplo!
 Me quitó el sello real;
 desatendió mis consejos,
 y me temo que mañana,
 vengativo, sin respeto
 a mis servicios, me mande
 al cadalso o al destierro.
 En vano, en vano he querido
 poner a sus furias freno,
 uniéndole a la princesa
 de Borbón. Tal casamiento
 en vez de evitar los males,
 ha creado males nuevos,
 porque ha sido cual si uniesen
 a un lobo con un cordero.
 La misma noche de bodas,
 desatendiendo los ruegos
 de su madre, a doña Blanca
 la dejó sola en el lecho,
 para en Montalván reunirse
 con la Padilla de nuevo.

LOPEZ

¡La Padilla!... ¡Esa es la causa
 de los males de estos reinos!
 Ella nos rige, y Castilla
 es de su familia un feudo.

CERDA

Todos que vengar en ella
 algún agravio tenemos.
 Yo, por mi parte, el maestrazgo
 de Calatrava, que siendo
 de don Juan Núñez, mi tío,
 el rey se lo dió a don Diego
 Padilla...

SANCHO

También a mí,
 para dárselo a otro deudo
 de doña María, el cargo
 me quitaron de frontero
 de Portugal...

ALVARO

¡Por su culpa
 mi padre murió en destierro,
 sin que la tierra sagrada
 que reconquistó su acero
 para la enseña de Cristo,
 pudiese cubrir sus huesos!...

LOPEZ

Por causa de la Padilla

el rey corre loco y ciego
al abismo...

ALBURQUERQUE

Hasta su madre
a nuestro lado se ha puesto.
Los infantes de Aragón
también son del bando nuestro,
y todos los ricos homes...

LOPEZ

Y hasta los bastardos, menos
don Fadrique, que aun vacila,
calientes los nobles restos
de doña Leonor, su madre,
—que, como todos sabemos,
en Talavera fué muerta,—
sus rencores han depuesto,
y en torno a la reina madre
también se agrupan, tendiendo
su mano a la ensangrentada
mano que les dejó huérfanos.

ALVARO

¡Vive Dios, que yo en su caso
otra cosa hubiese hecho!
A quien matase a mi madre
no tocara, ¡vive el cielo!,
mi mano, si antes que ella
no le tocase mi acero!

ALBURQUERQUE

Francia nos dará su apoyo.
Aragón nos presta aliento,
y Portugal y Navarra...
Y hasta el pontífice ha puesto,
señores, en entredicho
la corona de don Pedro,
si no deja a la Padilla
y pacifica estos reinos,
uniéndose a doña Blanca,
su regia esposa, de nuevo.

ALVARO

Poco el pontífice fuera,
y Francia y el mundo entero,
si a su lado el rey tuviese
la nobleza de estos reinos,
que la tierra castellana
sienta mal al extranjero,
porque en sus senos encierra
mucho ardor y mucho hierro.

ALBURQUERQUE

¡Hay que separarlos pronto!
Esta noche... Aprovechemos
la ocasión, porque mañana
será inútil nuestro empeño.
El rey, con todos los suyos,
se fué a cazar. Pues a tiempo
que él caza garzas, nosotros
su paloma cazaremos,

y teniendo la paloma
el palomo será nuestro...
A Medina, donde esperan
las reinas, la llevaremos,
y allí prisionera muere
o profesa en un convento...

LOPEZ

Desde Sevilla a Medina
asegurados tenemos
los caminos por las gentes
de Trastamara...

ALBURQUERQUE

Aquí, dentro
de palacio, ausente el rey,
somos los únicos dueños...

CERDA

Y el oro todas las puertas
de la ciudad nos ha abierto.

SANCHO

¿Mas sin don Fadrique llega
a sospechar?...

LOPEZ

No haya miedo
del maestro. Esta mañana
despidióse de don Pedro.
Para tornar a Llerena

fodo lo tiene dispuesto...
¡Antes que salga la luna
ha de emprender el regreso!

ALBURQUERQUE

Al sonar las oraciones
en el próximo convento,
a robar a la Padilla
enmascarados vendremos
todos aquí, que este patio
conduce a sus aposentos.
Yo respondo de la guardia
del alcázar... Hasta luego.

SANCHO

El cielo os guarde, Alburquerque.

ALBURQUERQUE

¡Señores, guárdeos el cielo!
Salen los caballeros por el primer término de la izquierda.

ESCENA II

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE y PERO
LOPEZ DE AYALA.

LOPEZ

Pero señor, ¿qué os dijo
la reina doña María?

ALBURQUERQUE

Que aun en contra de su hijo
nuestro plan apoyaría,
porque a sufrir se subleva
su alma generosa y brava,
el yugo de esa manceba
que hizo a Castilla su esclava.

LOPEZ

Mas, ¿su hijo?

ALBURQUERQUE

Desprendido
del yugo de esa mujer,
volverá don Pedro a ser
esclavo de su valido.
Y si en su fiera arrogancia
se opone a cuanto ambiciono,
no le arriendo la ganancia
ni a don Pedro ni a su trono.
Un niño don Pedro era
cuando su padre murió.
En bandos Castilla entera
contra él se levantó.
Noble con exceso fui,
que el cetro que se caía
de su mano, ¡pese a mí,
le sostuve con la mía.
Mas probarle quiero yo,
por su ingratitude cruel,

que el que al trono le subió
es capaz de echarle de él.

LOPEZ

Mas, ¿quién en esta nación
ha de reinar?

ALBURQUERQUE

¡Voto a tal!
Don Pedro de Portugal,
don Fernando de Aragón,
Enrique de Trastámara...
Cualesquiera de ellos, pues
cualesquiera de los tres
tiene firme el brazo para
regir el reino...

LOPEZ

¿Mas vos?

ALBURQUERQUE

Nunca de ello presumí,
que es un reino, ¡Vive Dios!,
poca cosa para mí.
Pues no anhela mi esperanza
más premio ni galardón
que un cetro: mi férrea lanza,
y un trono: mi duro arzón.
Y mientras pueda blandir
la lanza, Ayala, mis leyes

haré a lanzazos cumplir
a los más altivos reyes.

LOPEZ

Mas yo quiero que me explique
vuestro ingenio cómo es
posible que don Enrique
esté con nosotros, ¡pues
la reina madre dió muerte
a la suya!...

ALBURQUERQUE

¡No hay razón,
que acalla al odio más fuerte
el grito de la ambición!
Mas nunca vuestra imprudencia
de ese crimen vuelva a hablar,
porque tornan a sangrar
heridas en mi conciencia...
Mas basta de reflexiones;
nuestros planes ultimemos,
y aquí por ella vendremos
al sonar las oraciones.

Salen por la izquierda.

ESCENA III

DON FADRIQUE y FERNAN DE CASTRO, que aparecen
por el fondo.

CASTRO

¿Qué pena os ha encadenado?
¿Qué cólera os estremece

que vuestro rostro parece
el rostro de un condenado?

FADRIQUE

¿Cómo no he de estarlo, di;
si llevo—¡oh, suplicio eterno!—
todo el fuego del infierno
ardiendo dentro de mí?
¡Antes cegara que ver
aquellos ojos que son
causa de mi perdición
y mi eterno padecer!
Ojos claros, ojos claros
azules como el zafiro,
¿cómo poder olvidaros,
si me matáis al miraros
y muero cuando no os miro?
De vosotros me alejé
creyendo el mal evitar;
pero todo inútil fué,
pues vivo pensando en que
pronto os volveré a mirar.
¡Mas no, que aun antes que vea
mi cerviz doblada al yugo,
he de hacer que mi amor sea
de mi propio amor verdugo!...
Como la muy casta dama,
la de las manos crueles,
gloria de los Coroneles
y admiración de la fama,
la que con su propio fuego

quiso vencer sus hogueras,
yo he de hacer, amor, que luego
en tu propio fuego mueras.
Si mis ojos han de ser
llamas que te han de avivar,
yo haré mis ojos quemar
para no volverte a ver.

CASTRO

¿Vos que habéis siempre, señor,
al amor esclavizado,
cómo os habéis transformado
en esclavo del amor?

FADRIQUE

De sus flechas me reí;
me burlé de sus celadas;
mas de las burlas pasadas
¡qué bien se venga hoy en mí!

CASTRO

Mas no temed a su estrago,
que la dama más altiva
será feliz si es cautiva
del maestro de Santiago.

FADRIQUE

¡No! Que en ímpetus fatales
mi amor se fué a remontar
donde no pueden llegar
ni las águilas caudales.

Y si algún día pudiera
abrigar una esperanza,
es tal mi desventuranza
que amor, de miedo, muriera.
Desde que mi alma la vió
¡ay, Fernán Castro, no sé
si ella en mi alma se entró,
o a ella mi alma se fué!
Pero ya no puedo más...
Oye mis secretos, pues
mi desgracia llorarás
cuando conozcas quién es
la causa de esta pasión
que apagar intento en vano...
la esposa del rey mi hermano...
¡Doña Blanca de Borbón!

CASTRO

Cubriéndose el rostro con las manos.

¡Doña Blanca! ¡Qué locura!

FADRIQUE

¡Ve si mi suerte es horrible,
pues he puesto mi ventura
más allá de lo imposible!
Ya sabes que fui a Narbona
para traerla a Castilla,
a compartir la corona
con don Pedro... De Sevilla
salí—¡nunca tal hiciera!—
anhelando en mi furor

vengar a doña Leonor,
 recién muerta en Talavera.
 En Narbona la encontré...
 Mas ¡ay! que apenas la vi,
 yo no sé lo que sentí
 que sin habla me quedé;
 huyó el color de mi cara,
 y se doblaron mis dos
 rodillas, cual si me hallara
 a la presencia de Dios...
 ¡Y desde entonces, fatal,
 este amor desesperado
 llevo en el pecho clavado
 como si fuera un puñal!
 Como curarme no espero,
 de arrancármelo no trato,
 pues si lo arranco me mato,
 y si lo dejo me muero.
 ¡Y puesto que he de morir,
 en mi desesperación,
 prefiero al fin sucumbir
 con él en el corazón!

CASTRO

Huid de ella, pues bien
 dice el sentir de la gente:
 «Cuando los ojos no ven
 el pecho, señor, no siente.»

FADRIQUE

Su amor conmigo concluye.

Como mi sombra me sigue;
 y si la persigo, huye,
 y si huyo, me persigue.
 Para mis cuitas finar,
 al rey le vine a pedir
 su licencia para ir
 a la frontera, a lidiar
 con las huestes agarenas...
 ¡Bendito el dardo, el lanzón
 que al pasarme el corazón
 me liberte de estas penas!
 ¡Para ver si de esta suerte,
 luchando logro olvidar
 amor que me ha de matar,
 si ya no me dió la muerte!

CASTRO

Mas la reina ¿os ha alentado?

FADRIQUE

No sé... ni saberlo quiero...
 Sólo sé que enamorado
 de ella estoy, y amando muero...

ESCENA IV

Dichos y un PAJE, que penetra por la izquierda.

PAJE

Para la marcha, señor,
 todos están preparados;

y a la puerta, de impaciencia,
relincha vuestro caballo.

FADRIQUE

Al paje.

Vamos pronto.

A la Padilla
ve y dile en mi nombre, Carlos,
que para partir, tan sólo
despedirme de ella aguardo.

El paje entra por la primera puerta de la derecha.

Le debo a doña María
gratitud. Prestóle amparo
a mi madre, y generosa
su vida hubiera salvado
sin la traición de la reina,
y si se presenta el caso
ya verá doña María
como con creces le pago,
que olvidar deudas de honor
no es propio de hombres honrados.

ESCENA V

DOÑA MARÍA y DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR,
que aparecen por la derecha.

PAJE

Aquí está doña María.

Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan.

MARIA

¿El maestro de Santiago
se va a Llerena de nuevo?

FADRIQUE

Tan sólo estoy esperando,
para partir, que a besar
me deis, señora, las manos,
pues la gratitud que os debo
ya que no puedo pagaros
con mi vida, dejad que
os la pague con los labios.

Se inclina y le besa la mano.

MARIA

No me recordéis memorias
que olvidar debemos ambos;
hice por vos cuanto pude...
Y sabed que, en todo caso,
puede conmigo contar
el maestro de Santiago.

FADRIQUE

Y yo la existencia entera
os diese, señora, en cambio,
y aun la vida es poco para
lo que os estoy obligado.
¡Adiós, señora! ¡Sabed
que en mí tenéis un esclavo!
Y si alguna vez—en estos
tiempos porque atravesamos

todo en lo posible cabe—
necesitáis el amparo
de un brazo y un corazón,
si os pueden servir de algo,
aquí, señora, tenéis,
mi corazón y mi brazo!

Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan y salen
por la izquierda seguidos del paje.

ESCENA VI

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR

JUANA

¡Pálida estáis, dueña mía!
No parece sino que
con la claridad del día
vuestra claridad se fué.

MARIA

Don Pedro cazando está
y sin él vivir no puedo.
Es sol que vida me da,
y cuando mi sol se va
yo no sé cómo me quedo.
Corro de acá para allí,
con mi soledad batallo,
y en mi ciego frenesí
busco algo que no hallo
ni en mí ni fuera de mí,
pues tras su recuerdo fiel

vaga aturdido mi amor,
dando aullidos de dolor,
igual que un ciego lebrel
en busca de su señor.
Mi corazón se subleva
cuando pienso en su partida...
¿Cómo no quedar dolida,
cuando en sus manos se lleva
como un anillo mi vida?
¡Vida que tan suya es,
que si de ella se cansara,
yo misma la deshojara
como una flor a sus pies!

ESCENA VII

Dichos y MENCIA con un laúd en la mano; URRACA,
ALFONSO CARIELLO, ISABEL y damas que entran por
la verja del jardín.

MENCIA

Acercándose a doña María.

Aquí el laúd. El laúd
de aquel joven trovador
que, prendado de la reina
doña Juana de Aragón,
le hallaron una mañana
muerto al pie de un torreón,
con un venablo clavado
en mitad del corazón.
Tiene las cuerdas de plata...